



Carta del Combate de Calama (¹)

Roberto Souper Howard*

Subteniente

Estimado amigo:

El 21, a las 4 P. M., salimos de Caracoles 115 Cazadores de a caballo, 340 del 2º de línea con su banda de música, 30 artilleros y 106 del 4º de línea. La marcha hasta el portezuelo de Calama fue muy penosa: la tropa iba muy rendida de fatiga, de sed y de hambre, tanto soldados como oficiales.

Marchábamos de día y de noche, con pequeños descansos: en el día nos cubríamos del sol con la sombra que nuestros caballos hacían. En la noche teníamos un frío de algunos grados bajo cero, endiablado.

Salimos el 21 de Caracoles y llegamos el 23 a las 7 A. M. al río Loa. La tropa supo que nos batiríamos por una avanzada que tomó el alférez Quezada en el portezuelo de Calama, y aunque rendida de fatiga olvidó ésta por el entusiasmo de la batalla. Después de un descanso de cinco horas nos dirigimos a Calama.

La tropa llevaba el siguiente orden: el alférez Quezada iba con ruta descubierta de 24 hombres por el N. E.; en seguida iba la infantería, esto es, el 4º de línea, el 2º de línea y una pieza de artillería y el resto de caballería tomó al S. E., yendo cada división con sus baqueanos.

El alférez Quezada tomó en el Loa un indio y le hizo que le enseñase el paso; mas, éste lo condujo a las trincheras del enemigo donde ni el diablo los veía; cuando estuvo a quince metros de distancia le hicieron un fuego graneado que por suerte no le hirió ningún soldado; esto fue como a las 7 A. M.

Nosotros, esto es, el capitán don Rafael Vargas, el teniente Parra y yo que veníamos al mando de 50 Cazadores, cuando sentimos el fuego que le hacían a nuestros compañeros, nos lanzamos a escape al río y apurando y amenazando con la muerte al guía boliviano, al prisionero que no quería señalarnos el paso, nos condujo a él, y pasando con el agua casi hasta la cintura.

¹ El [Combate de Calama](#) o combate de Topáter, como se le conoce también, ocurrió el 23 de marzo de 1879 y fue el primer enfrentamiento armado de la Guerra del Pacífico.



Nos lanzarnos al otro lado; pero ¡qué engaño! el maldito boliviano nos llevó a unas emboscadas de enemigos donde estábamos cercados por fosos en todos sentidos, por murallas de caliches o adobes y a unas enredaderas enormes de chilcas que no dejaban ver nada más allá de ellas.

Entonces tratamos de buscar salida, y cuando nos hallábamos a la orilla de los ciertos nos lanza el enemigo una, granizada de balas a una distancia de tiro de escupo que nos hecho tres Cazadores a tierra, muertos, pues, como le digo, no habrían arriba de ocho varas de distancia.

En ese entonces el guía arrancó, pero un soldado le largó un balazo y lo echó muerto a tierra; éste era un señor Jurado, hijo del coronel Jurado.

Con motivo de la descarga y fuego nutrido que nos hacían y sin encontrar salida para avanzar y tomar al enemigo por la espalda, no tuvimos más que contestar el fuego sin retroceder un palmo; pero como los bolivianos estaban entre trinchera, invisible, y nos hacían un juego mortal, tuvimos que echar pie a tierra y lanzarnos como infantería.

Estos momentos fueron terribles: los soldados, rabiosos por ver su impotencia, lo mismo que los jefes, y ya en el colmo de la desesperación, el capitán Vargas y el teniente Parra, revólver y sable en mano, se lanzan por un boquete contra el enemigo con algunos soldados; los contrarios lo recibieron con fuego certero porque ellos estaban invisibles y con mampuesto; así es que no sé cómo diablos escaparon Vargas y Parra: algunos soldados que entraron, cayeron muertos.

Nosotros a pecho descubierto, y como era menester desalojar el enemigo para ir a proteger a Quezada, teníamos que hacer esfuerzos sobrehumanos. Mientras Vargas y Parra estaban peleando a unas dos varas del enemigo, yo estaba con mi mitad apostado sobre una muralla haciendo fuego para proteger a los compañeros, pero de poca consecuencia, puesto que no veíamos a nadie; yo estaba sobre una muralla y no sé cómo escapé a las balas que me silbaban por las orejas.

Al capitán Vargas lo vi llorar por ver la impotencia nuestra, y animaba a los soldados; pero viéndose que era muerte segura, tuvimos que retirarnos unas treinta o cuarenta varas para rehacernos. Mientras tanto el capitán hacía seguir la caballada que se había disparado por los fuegos y que temíamos la tomase el enemigo. En tan triste situación nos resolvimos a morir todos y avanzamos haciendo fuego; pero siempre nos sujetaban los parapetos enemigos.

El teniente Parra con su mitad les hacía fuego y yo por otro lado con mitad y habiéndome subido nuevamente sobre la muralla para animar los soldados,



éstos siguieron con muchos bríos; pero me obligaron los soldados a bajar porque era una temeridad estuviese de blanco.

En esa circunstancia huía un soldado boliviano, y no habiéndole acertado bien unos tiros, me le fui encima y lo pasé banda a banda de una estocada. En estos momentos llegan los caballos, y teniendo nosotros siete cazadores muertos y viendo la imposibilidad de rechazar al enemigo sin exponernos a morir todos, el capitán Vargas dio orden de prender fuego a las cercas vivas, operación difícil por ser verde la cerca y por estar a los pies del enemigo; pero el valor de la tropa y la rabia lo hizo ejecutar en un momento. Mientras tanto el tiroteo seguía con todo encarnizamiento.

Los Winchester no podían funcionar todos por ser algunas cápsulas más grandes; yo tenía ganas de cargar a sable, pero era imposible pasar. Al fin el incendio toma cuerpo, la infantería ya se acercaba y el enemigo principiaba por abandonar sus guaridas.

En estas circunstancias se replegó el alférez Quezada a nosotros, pues recibió órdenes con este fin, porque nada podía hacer sin infantería y lo reemplazó el capitán San Martín con su compañía del 4° de línea, quien los obligó a los bolivianos a retirarse dejando muertos y heridos, habiendo salido el mismo capitán San Martín herido en una oreja.

Cuando el enemigo se iba retirando escondido entre los inmensos zarzales, sin ser visto ya por nuestras obstinadas cargas, como por el incendio, llegó el 2° de línea al mando del jefe de operaciones, comandante don Eleuterio Ramírez, quien hizo fuego graneado sobre el enemigo.

Este jefe procedió con toda serenidad y valor, y ni se arrugó cuando le bandearon de un balazo su caballo.

Cuando se retiró del N. E. Quezada con su caballería, para venir en auxilio nuestro al S. E., la compañía del 4° de línea al mando del bravo capitán Juan José San Martín, fue a reemplazar a Quezada: mas, viendo el coronel Sotomayor el fuego que se mantenía tan vivo entre San Martín y el enemigo, y mandó una compañía del 2° de línea al mando del mayor Bartolomé Vivar, quien pasó el Loa sobre un puente provisorio recién puesto que allí hizo colocar el ingeniero don Arístides Martínez, y llegó muy a tiempo en socorro de San Martín, habiéndolo ayudado a dejar en el campo algunos muertos y heridos.

Cuando el enemigo desamparó bien las trincheras, que Vargas ayudado por Ramírez le disputaban, fuimos avanzando y saltando fosos y cercas, llegando a un cerco chico donde habían muchos matorrales y un fosito de diez varas de



largo, con un puentecito de menos de una vara de ancho, por donde había que pasar. Nos sorprendimos de ver que un boliviano desde adentro hiciera fuego a más de cien hombres, entre caballería y el 2° de línea, que iban a pasar por allí; pues, amigo, nos dio balas duro y fue imposible pillarlo por más que se le buscaba.

Al fin salimos de allí después de un encarnizado combate de más de dos horas, y una vez en el camino, la caballería se lanzó a escape al pueblo; pero allá no encontró nada.

Entonces cada oficial salió en distinta comisión. Yo salí en persecución del prefecto; pero en vez de tomarlo a él, que no lo hallé por haberse ido temprano, tomé 20 prisioneros perfectamente armados a pesar de ir yo con ocho soldados solamente. Traté muy bien a los prisioneros por el valor que desplegaron en la defensa de su Calama, y ellos quedaron muy agradecidos: entre, éstos se hallaba el célebre capitán Díaz y otros oficiales y 17 soldados.

A las doce del día ya estábamos todos en el pueblo, y el orden y la tranquilidad volvieron inmediatamente a la gente.

*Carta original de un oficial del Regimiento Cazadores a caballo que participó en el Combate de Topáter 23 de marzo 1879 , revelando que dicho evento bélico no fue una escaramuza sino una acción táctica que involucró el empleo de importantes medios de los Regimientos de Infantería 2° de Línea, del 1° de Línea, de Zapadores , artillería y del Regimiento Cazadores a Caballo, todos bajo el mando del Coronel Emilio Sotomayor. Es posible ubicar al capitán Eleuterio Ramírez M. Héroe muerto en acción como Cdte del 2° de Línea posteriormente en la batalla de Tarapacá 27/11/1879 junto a otros Oficiales del mismo regimiento, también se menciona al Capitán José San Martín quien ya como Teniente Coronel moriría a la cabeza del regimiento 4° de línea en el asalto y toma del Morro de Arica el 07 Junio de 1880. Todos estos medios habían desembarcado y ocupado el puerto Antofagasta al mando del mismo Coronel Sotomayor el 14 de Febrero de 1879 cumpliendo la orden de S.E el Presidente de Chile Dn. Aníbal Pinto Garmendia(1876/1881) .Al término de este combate el territorio de la hoy II Región de Antofagasta pertenece a Chile ,con toda su gran riqueza minera e ictiológica de su océano que hoy potencian nuestra economía en forma trascendente .(Nota de la Edición)